

6-59 Molina

12-7

# VALOR PSICO-SOCIAL

DE LA

# VIDA MILITAR EN ESPAÑA

CONFERENCIA LEÍDA EN EL ATENEO DE MADRID  
:: EL DÍA 14 DE FEBRERO DE 1912 ::

POR

D. SANTOS RUBIANO

MÉDICO 1.º DE SANIDAD MILITAR



MADRID  
IMPRESA ALEMANA. FUENCARRAL, 187

1912

1069368

Al Dr. Curió ;  
homenaje de su admirador.  
Juan R. Riquelme



SEÑORAS Y SEÑORES:

Requerimientos vehementes de un deber de ciudadanía inalienable indujéronme á exponer desde este puesto de honor, cátedra de toda ciencia y doctrina, algunas ideas nacidas al contacto de mi vida profesional, que creílas dignas de ser dadas á luz. Vertidas al papel y ya en disposición de ser dispersadas, parecióronme tan flacas y sin substancia que llegué á dudar de si darlas suelta; bien que luego, pensando en que si no hubiesen por sí mismas de alcanzar virtud germinativa pudieran, al menos por contraste, encender más claras luces en quien llegare á á conocerlas, atrevíme á presentarlas, como lo hago esta noche, entregando mi audacia á vuestra benevolencia.

I

Pocas tiranías ha sufrido el pensamiento humano semejantes á la impuesta por la letra de molde; porque si la palabra impresa no llega á alcanzar la fascinadora sugestión de la palabra hablada, en labios del tribuno ó del sacerdote, que constituyendo la oratoria se combina en símbolos, sonidos y ademanes, es, sin embargo, de acción tan universal constante y persistente, sobre todo en la actual vida de relación de los pueblos civilizados, que para la mayoría de las gentes tiene cierto significado fetichista y en todos produce el efecto de algo así como una nueva dimensión con que sondeáramos la vida. ¿No os ha ocurrido á cuantos hayáis dado trabajos á la imprenta pareceros, después de compuestos, con una especial claridad superior á cuando estaba manuscrito? Y por otra parte, ¿no recordáis haber oído escudarse más de una vez tal argumento absurdo ó vago en frase como ésta: "pues si no es así, yo al menos lo he leído en alguna parte?" Y esto no es ciertamente achaque

sólo peculiar á personas de escaso ejercicio intelectual, sino que se extiende á los entendimientos cultivados, bien que se trate de cuestiones abstractas é imprecisas, ó aun de hechos de la vida corriente, acerca de las cuales, con un ligero esfuerzo de atención, se llegaría muchas veces á libertar el juicio, de la sugestión que con fuerza de axioma imprimiera lo leído. Y es que la letra de molde, la forma socializada del pensamiento más abstractamente simbólica y la que goza hoy de la mayor extensión, es la máscara con que se disfraza el asaltante que con más constancia, audacia y aun alevosía intente apoderarse de nuestro cerebro y así llega á prender en él, ideas que con la ayuda de la más ligera simpatía, la predisposición del temperamento ó la preparación circunstancial momentánea caerán sobre nuestra personalidad, la cual quizás después explicará su orientación y su razón de ser propia por los estados de conciencia que estos continuos asaltos de ideas simpáticas hayan ocasionado.

¿Cómo, pues, extrañar, teniendo esto en cuenta, que hayan podido prender en el pensamiento de esa ingente persona que se llama la Humanidad, y cuya memoria es la Historia, sucesos tenidos muchos de ellos por artículos de fe, y que no han gozado de otra existencial real que la contenida en la credulidad de sucesivas generaciones por cuanto se atribuye á cronistas é historiógrafos elevados al puesto de autoridades indiscutibles? ¿Como, pues, extrañar que en los modernos tiempos, al estudiarse la complicada urdimbre de esos hechos tan poco tangibles que constituyen el contenido de la sociología, hayan aparecido y aparezcan tan numerosas como contradictorias interpretaciones, y que, por otra parte, estas mismas hayan dado origen á generalizaciones sin contacto alguno con la realidad, aunque vehiculadas y consagradas en la letra de molde? Mas si ésta desenvuélvese en galanuras retóricas ó habilidades dialécticas, ¡guay! de la fortaleza de nuestro discurso que verá rendida en las primeras escaramuzas de la lectura la ciudadela del sentimiento.

La interpretación de los fenómenos sociológicos es uno de los campos intelectuales más abonados, para que á poco que el autor se halle preocupado por algún prejuicio, llegue á conclusiones verdaderamente estupendas por cambio en la aguja de sus juicios.

La diversidad y oposición de las diversas generalizaciones originadas por la interpretación sectaria, pasional ó ignara de los hechos sociales, carecería de transcendencia para la humanidad, si no se abrogasen la diputación de la inteligencia humana para el gobierno individual y social y no quisieran erigirse en definidoras de lo bueno y de lo justo. Tal ocurre, en no escasa medida, con la cuestión que va á ser objeto de esta conferencia, y por lo mismo que afecta á intereses varios y toca

los más íntimos sentimientos, es de las que han sido expuestas, discutidas y apreciadas según las fórmulas más diferentes y encontradas.

Pensando al ras del sentido común, parece lo más racional, para que una interpretación sociológica pueda ser considerada como expresión de una relación conforme con los hechos, que se base directamente en la observación y que se circunscriba á generalizar sobre lo observado ó sobre principios por ella establecidos, sin traspasar, como no sea en hipótesis, los límites de una prudente generalización en espacio y tiempo. No suele brillar la verdad en esas leyes sociológicas muy comprensivas, deducidas de hechos cuya analogía sólo se funda en algunas cualidades inestables, atadas por donde al investigador convino, y por otra parte, difícilmente comprobables; tal, por ejemplo, la llamada decadencia de las llamadas naciones latinas.

La cuestión sociológica que va á ocuparme esta noche fúndase en hechos corrientes, que he procurado enfocar de diverso modo para no incurrir en errores de perspectiva, á los que pudiera inducirme la familiarización ó la simpatía; pero temo no haber sabido recoger de la realidad, si hubiere salvado estos escollos, los matices, los claro-oscuros que dan relieve á los hechos y ayudan á dar claridad á las ideas.

Trato, señores, de exponer y analizar el *modo en que actúa la vida militar española, el medio ambiente del cuartel y el servicio militar en el carácter, en la personalidad de los mozos que nutren sus filas*; intento hacer un *bosquejo analítico de los factores psico-sociales en que se desenvuelve aquel modo de vida social sobre los individuos que los integran*, ó sea, planear hasta donde yo pueda, el sumario de un capítulo de psicología de nuestro pueblo, y al interpretar estos fenómenos sociológicos procuraré, de acuerdo con lo establecido al empezar mi disertación, no traspasar en las conclusiones los límites de una prudente generalización como conviene al caso.

## II

El servicio militar en España ha sido criticado en bloque, como cosa abstracta, no pocas veces á través del pensamiento extranjero, desde los puntos de vista político, del Derecho, de la Filosofía ó del sentimiento, mas, casi siempre, con prejuicio sectario. Quienes con miras sociológicas lo han ensalzado, han dicho de él, que es corrector del analfabetismo, limador de rudezas montaraces, promulgador de la higiene individual; en tanto que sus detractores, en tal punto, hánle inculcado de producir la haraganería, la sensualidad, la dureza de sentimiento, el desamor por la justicia ofendida, todo ello como consecuencia de una debilitación moral intensa, hija del despotismo y de la correlativa es-



clavitud que en la Milicia prevalecería. La pasión militar, según Ferrero (el más ardiente detractor de los Ejércitos) crea una energía similitada, produce un reblandecimiento del carácter nacional, todo ello por ser la guerra y su preparación una especie de enfermedad ó fiebre social; reconociendo, sin embargo, el escritor italiano que en su nación al menos, es el Ejército escuela de higiene individual, la que es para el hombre lo que la dignidad para el alma, porque el soldado que se cuida y viste, ya pone en práctica, dice, un gran principio de solidaridad social.

Analícemos por observación directa la institución: Ejército en sí, en sus caracteres internos; veámosla funcionar en la sociedad en que se halla establecida, es decir, estudiemos el servicio militar en España sin preocuparnos de los efectos que pueda ocasionar en Francia, Alemania ó Italia, porque, acaso lo que para tal nación europea sea una enfermedad grave, para nosotros no se presente sino como ligero malestar; pero, ante todo, procuremos, precisando bien el alcance del análisis, dejar eliminado del estudio todo aquello que, aun perteneciendo á la institución Ejército no haga relación á la *constitución psíquica individual del soldado*, y así quedará circunscrito nuestro estudio á los *fenómenos psico-sociales que se observan en el individuo de nuestro Ejército en tiempo de paz, tal y como aquél se halla organizado en la actualidad*. El plan queda bien concretado: las conclusiones habrán de tener, pues, cierta garantía lógica.

\* \*

El individuo declarado soldado, antes de llegar á filas tiene formado un concepto propio del nuevo género de vida que le espera, concepto creado en el *ambiente* que acerca del servicio militar existe en los pueblos; por lo tanto, conviene conocer la atmósfera psico-social en que se prepara el espíritu del recluta antes de su ingreso en filas; conviene averiguar después, cómo reacciona el recluta al penetrar en la nueva vida colectiva, rígida, disciplinada en todo momento, en la que el individuo va á considerarse, según nuestra organización (que ya va á ser renovada), como sellado con estigma de inferioridad; conviene observar, qué efectos produce en la imaginación del pobre aldeano el aparato bélico de los cuarteles, las continuadas alocuciones al cumplimiento del deber y al sacrificio: qué clase de sentimientos, en fin, se incuban con las nuevas actividades del nuevo medio de vida. Por último, será oportuno investigar si esa vida disciplinada del soldado puede considerarse como una escuela transcendental para la nación y si el Ejército da á ésta productos socializados que influyan sobre el porvenir de la raza española.

Trataré de bosquejar de modo sumario los hechos que con este cuestionario se relacionan.

Descarriados suelen andar nuestros publicistas, al ocuparse de las cosas militares internas en cuanto se refiere á España, pues donde unos no ven sino lindezas, motivos de literatura pintoresca, rasgos heroicos, virtudes caballerescas, no aprecian otros, sino una vida ahogada por el estrecho cinturón de la disciplina, el código inexorable, la vida colectiva embrutecedora. Unos y otros, orientados por los encontrados sentimientos que parten de polos opuestos, no podrán llegar á un acuerdo por sobra de exclusivismo en sus apreciaciones. Pero, además, no se han propuesto, creo yo, algo más positivo, de mayor eficacia para saber á qué atenerse en esta cuestión, ó sea, averiguar lo que da y quita el Ejército, psicológica y socialmente, al individuo que entra en sus filas; de hacerlo así, ambos bandos haríanse concesiones recíprocas llegando á un justo medio.

Veamos de modo gráfico, aunque somero, cómo se desenvuelve la existencia de los mozos que por cumplir la edad reglamentaria se hallan en aptitud de ser soldados.

Por causas en que no he de entrar, y que quien quiera conocer hasta cierto punto, puede consultar cuanto han escrito sobre psicología de nuestro pueblo Altamira, Costa, Salillas, Sales, Unamuno, Hume, etcétera, es un hecho evidente que el año del sorteo, el año que por quintas se ha de decidir el servicio personal de los mozos á la patria, aparece como algo tenebroso en la casa del mozo incurso en la edad reglamentaria y que no cuenta para su *redención* (ya el calificativo supone una culpa ó un estigma), ni con los miles de reales necesarios, ni con la póliza de las sociedades de seguros contra el servicio militar. La noticia de haber obtenido en el sorteo número bajo, cae en la familia como una maldición. "¡Oh, qué año!, ha dicho la madre: la chica fuese á servir y entoavía no ha dicho esta boca es mía: á Pedro se lo llevarán, ¿quién labrará este año?" Otra madre también ha dicho: "Joannet com'ho fariem porque no hi anessis?" En la casa del labrador se ha pensado en achicar al mozo, ya esmirriado de suyo, pero, á mucho correr, pasó siempre de los 1,51 centímetros: en casa del industrial ó en las zonas de frontera ó puerto, se ha pensado en la emigración, pero hubo quien computando el tiempo de filas convenció á la madre de la innecesidad de la deserción, ya que el chico podría volver á casa dos ó tres veces con licencia y en total, todo sería año y medio...

Es que el amor al Ejército, como dice el conde de Casa Canterac, si es imperecedero en el veterano y llega á ser popular en el mozo y aun en el niño, no penetrará nunca en el corazón de la madre...

Hay, sin embargo, señores, una casta de españoles, los nacidos en

Orán, que aunque aclimatados física y económicamente en la colonia argentina, conservan vivo recuerdo de la patria. (Ya se dirá el porqué, más adelante). En estos hogares recíbese con gran júbilo la noticia de la declaración de soldado, si es que antes no se han anticipado los mozos á sentar plaza; y es de ver luego, cómo llegan á nuestros regimientos conscientes de que vienen á servir á la patria cumpliendo un deber moral (casi un derecho), que consideran ineludible.

En el mozo que ya conoce su número y sabe, por tanto, que ha de ir á filas, comienza á fermentar una inquietud de curiosidad que le hace preocuparse de cualquier cosa que á sus oídos llegue, y es bien poco lo que llega á los pueblos tocante á la milicia y á otras cosas. Algún *cumplido* le habrá dicho con sorna, cómo le raparán en cuanto llegue á filas; le habrá ponderado sus aventuras de ciudad, donde fumaba en grande; le habrá contado cómo se distinguiera su compañía en las maniobras del año tal, y le dirá de su capitán que era bueno, sí, pero que *phiciás* algo, y del sargento Peláez, que mal rayo le parta...

Un día llega al Ayuntamiento la orden para la incorporación de reclutas á la Caja correspondiente, la cual es notificada por el alguacil al hijo del tío Simón, al Rubio, á Perico el carrero, á Juan el pastor, al Chano, á Manolón, al Agustínico.... Por hijos de viuda pobre, han quedado exceptuados aquel año cuatro mozos; otros cuatro por cortos de talla, y cinco por lisiados.

Los mozos, sabedores de que van al servicio, andan por el pueblo cariacontecidos. Cuando les ve pasar por delante de su tienda el señor Pedro el estanquero, les espeta: "*ya te arreglarán, buena pieza*". La señora Filomena se condeule con los muchachos cuando van á su tenderete de que ella tiene también un hijo en el servicio y el *probetico* ¡qué casualidad! está ahora en el hospital. En fin, para no ser pesado, si se hiciera un balance de las impresiones que los mozos reciben antes de salir del pueblo acerca del Ejército, tendríase, á buen seguro, un haber en contra de bastantes malas noticias.

La víspera de la marcha para la villa donde está la Caja, punto de reunión de todos los reclutas del distrito, nótase en el pueblo algo desacostumbrado que rompe la monotonía mortecina de su vida ordinaria: los mozos vagan por las callejas y van alebrestados despidiéndose de sus convecinos. La tía fulana les ha dado un pañolito, la *señá* zutana, dos pesetas, unas roscas, unas *copejas* el Sr. José el tabernero; la Sra. Adela, hermana del señor cura, un escapulario... y se me antoja que todos han puesto en el regalo bastante misericordia.

Los mozos, ya reunidos, dan suelta inconscientemente á sus exuberancias juveniles (que algún sociólogo atrevido consideraría como manifestaciones previas del instinto defensivo del rebaño que se ve ataca-

do). Aquella noche última, apenas duermen, canturreando y voceando á usanza local; y, quizá para templarse contra las asperezas que les aguardan, hacen continuo alarde de sus fuerzas físicas, requiebran insolentes á las mozas, doblan hierros de algunas rejas, hacen apuestas de supremacía en la resistencia muscular.

Puede afirmarse que hasta aquel momento la noción más concreta que de su nueva vida poseen los mozos, es que van "á servir al Rey." En cuanto á otras cosas, ¿qué saben? De Patria, de Estado, de intereses colectivos con este ó aquel nombre, nadie les ha dicho palabra, y si estas cosas han llegado á sus oídos ha sido en forma tal que no han podido entenderlas; á lo sumo tienen noticias, no siempre buenas, de que hay cura, secretario, alcalde, diputado, juez, médico, maestro y guardia civil, pero sin llegar á conocer más que de una manera muy confusa la esfera de acción de cada uno de estos representantes del Estado y de la sociedad.

En los pueblos algo mayores, lo que llega á fijarse más en la débil conciencia colectiva respecto al servicio militar, es el recuerdo de que los mozos que se marcharon, algunos años no volvieron; que de los quintos de tal otro, unos murieron en lejanas tierras y de los vivos varios quedaron en la ciudad.

Es, pues, bien dolorosa, innegablemente, la idea que por tales experiencias han de tener de la milicia algunos pueblos y triste el ambiente que respira el recluta antes de incorporarse á filas; bien que tampoco hay sentimiento que persista tanto en el recuerdo como el dolor. Pero.... ¿qué pueblo, qué familia no tiene sus horas y sus épocas luctuosas?

Van llegando los reclutas durante los tres días consecutivos señalados para la concentración en Caja. A medida que se presentan van recibiendo su haber en mano y el pan reglamentario que, comparado con el de la aldea, es puro bizcocho. Un alguacil del municipio va acompañándoles al alojamiento nocturno. Un cabo, reunidos los reclutas en el más espacioso local del pueblo, va participando en alta voz á cada individuo el cuerpo á que es destinado. Por cierto que un mocetón que acaba de llegar acompañado de su tío y algunos otros parientes se enterará estupefacto de que va á.... la Escolta Real. Es felicitado porque, según el cabo que le da la noticia, algo zumbón, vivirá en el palacio del Rey, noticia que produce cierto alivio en el consternado ánimo de la familia. A este le indican que va á Pontoneros, que está en.... Zaragoza; á tal otro á Infantería de Marina, que está en.... Cartagena; al de más allá á Administración Militar, en Burgos...

Al tercer día, terminada ya la concentración de los reclutas del distrito, á la que cada año, justo es decirlo, va faltando un tanto por ciento más bajo, se han organizado las partidas para cada Cuerpo y Región,

encargándose el mando de cada una de ellas al recluta más despejado á quien el jefe, al hacer la entrega del pasaporte general, dá á reconocer á los compañeros con indicación de que han de respetarle en todo cuanto les ordene como cabo interino; al propio tiempo le da instrucciones verbales y escritas, bien concretas, para solventar cualquier incidente de la marcha; y no hay que decir que el agraciado con tal distinción la ha recibido con satisfacción bien notoria... ¡Así somos! El jefe de la Caja, un veterano teniente coronel, despide á los mozos de su demarcación en una sobria y reposada arenga (orden del día la más importante que registra la Caja durante el año) en la que dice á los novales soldados que desde aquel momento han entrado á formar parte de la honrada familia militar y deben experimentar el noble orgullo de hallarse al servicio de la Patria.

Representaciones de los Cuerpos correspondientes esperan á los reclutas en las estaciones ferroviarias respectivas. A la llegada al cuartel, algunos soldados veteranos, entre chuscones y curiosos, atisban en los patios á los quintos y es aquel para todos un día de fiesta; y se miran con curiosidad algunos paisanos que se han reconocido, interróganse con avidez, más con la mirada que con la palabra, sobre la nueva vida. A medida que los reclutas van entrando en su nueva casa, depositan en el oficial de guardia el dinero en metálico que quieren guardar, el cual pasa después al capitán de la compañía á que son destinados.

Antes de dárselos el uniforme son sometidos á reconocimiento médico minucioso, permaneciendo en observación algunos días los que ofrecen duda respecto á enfermedades que no pueden ser observadas de momento; ya se les ha dado su utensilio individual de cama, comida y limpieza; al día siguiente se les entrega ropa nueva y flamante después de bañados y afeitados; al tercer día se les vacuna y se les hace la hoja antropométrica. En tanto, empieza á enseñárseles los elementos de la disciplina, los saludos y consideraciones sociales y jerárquicas, dándoseles por la tarde tres horas de asueto durante las que aparecen ya en las calles, orondos, campantes... ¡desconocibles! En la segunda semana, por lo general, empieza la instrucción teórica (lectura de las Ordenanzas, capítulos I y II, y las leyes penales) y la práctica de paso ó de orden cerrado. Va á despertarse la apagada sensibilidad muscular de aquellos hombres recios, sí, pero de reacciones lentas, boyunas; el paso marcial sucederá al paso de carreta; y el nuevo ritmo al andar no tardará en repercutir en el ritmo del pensar, ó sea, en la velocidad de la percepción. El mocetón de ojos apagados y encorvado tronco, pronto llevará erguida la cabeza, escrutadora la mirada, levantado el torax, ágiles las piernas. El tímido que diera en voz baja su nombre balbuciente y desconcertado, ahora responderá con voz robusta y entonada sin preocupación:

habrá desaparecido su miedo y en breve, no sólo se habrán automatizado ciertos movimientos, antes necesitados de variado esfuerzo, sino que será fácil de apreciar cómo estos estímulos han hecho más rápidas todas las reacciones psicomotoras.

Penetrando ya en el ánimo del nuevo soldado el espíritu de la nueva vida, conociendo ya el *a b c* de las Ordenanzas, del Código y la disciplina, irá haciéndose cargo del significado de la bandera patria, por las explicaciones repetidas y sencillas que se le van dando. Es de notar cómo todo esto va despertando en él viva curiosidad. Ya ha asistido tres domingos á misa, cosa que, á pesar de estar bautizado y llevar dos escapularios al cuello, no hacía desde sabe Dios cuánto tiempo. Ha llegado el solemne acto de la jura de la bandera, iniciación en un excelso compromiso para la vida social futura.

Luego comenzará el adiestramiento especial de cada Arma. En Infantería, la movida táctica acabará de dar agilidad al aldeanote pesado y tardo; los ejercicios de fusil y tiro, desarrollarán los músculos del pecho y la acomodación visual; los simulacros de combate con el agruparse y disgregarse, y en el rápido estudiar el objetivo de cada evolución táctica, enseñarán á calcular con velocidad los efectos de movimientos combinados; la teoría del tiro, precedida de una explicación teórica del mecanismo del fusil, despertará curiosidades trascendentales para inteligencias no entrenadas á buscar ningún por qué.

En Caballería, curado el recluta del espanto de las primeras semanas, en las que se vió encabalgado sin estribos sobre brioso caballo (lo cual le habrá enseñado á ayudarse á sí mismo), irá sintiéndose orgulloso caballero. Después, los continuos y violentos ejercicios engendrarán la audacia; y si bien el tono muscular alcanzará supremacía en las piernas, no dejará de hallarse benéficamente influido todo el sistema. Por otra parte, habrá aprendido el soldado á cuidar científicamente el caballo, olvidando, el que las conociera, tradicionales rutinas.

En Artillería serán diferentes los resultados del adiestramiento según el servicio sea, de cuerpo montado, de montaña ó de plaza, si bien la idea de manejar un cañón habrá penetrado como algo misterioso en la imaginación de todo artillero. Terminada la instrucción de pieza, de un modo inconsciente ha llegado á percatarse todo individuo de la necesidad de supeditar su entusiasmo, su acción individual, á la conjunta de los demás sirvientes, para producir el necesario efecto compuesto de los actos varios de municionar, cargar, apuntar, disparar y descargar, en los que el solidario esfuerzo de varios individuos equivale al acto único ejecutado por el infante con su arma portátil y su pequeño proyectil.

En Ingenieros, Sanidad, Administración, los resultados consiguien-

encargándose el mando de cada una de ellas al recluta más despejado á quien el jefe, al hacer la entrega del pasaporte general, dá á reconocer á los compañeros con indicación de que han de respetarle en todo cuanto les ordene como cabo interino; al propio tiempo le da instrucciones verbales y escritas, bien concretas, para solventar cualquier incidente de la marcha; y no hay que decir que el agraciado con tal distinción la ha recibido con satisfacción bien notoria... ¡Así somos! El jefe de la Caja, un veterano teniente coronel, despide á los mozos de su demarcación en una sobria y reposada arenga (orden del día la más importante que registra la Caja durante el año) en la que dice á los novales soldados que desde aquel momento han entrado á formar parte de la honrada familia militar y deben experimentar el noble orgullo de hallarse al servicio de la Patria.

Representaciones de los Cuerpos correspondientes esperan á los reclutas en las estaciones ferroviarias respectivas. A la llegada al cuartel, algunos soldados veteranos, entre chuscones y curiosos, atisban en los patios á los quintos y es aquel para todos un día de fiesta; y se miran con curiosidad algunos paisanos que se han reconocido, interróganse con avidez, más con la mirada que con la palabra, sobre la nueva vida. A medida que los reclutas van entrando en su nueva casa, depositan en el oficial de guardia el dinero en metálico que quieren guardar, el cual pasa después al capitán de la compañía á que son destinados.

Antes de dárseles el uniforme son sometidos á reconocimiento médico minucioso, permaneciendo en observación algunos días los que ofrecen duda respecto á enfermedades que no pueden ser observadas de momento; ya se les ha dado su utensilio individual de cama, comida y limpieza; al día siguiente se les entrega ropa nueva y flamante después de bañados y afeitados; al tercer día se les vacuna y se les hace la hoja antropométrica. En tanto, empieza á enseñárseles los elementos de la disciplina, los saludos y consideraciones sociales y jerárquicas, dándoseles por la tarde tres horas de asueto durante las que aparecen ya en las calles, orondos, campantes... ¡desconocibles! En la segunda semana, por lo general, empieza la instrucción teórica (lectura de las Ordenanzas, capítulos I y II, y las leyes penales) y la práctica de paso ó de orden cerrado. Va á despertarse la apagada sensibilidad muscular de aquellos hombres recios, sí, pero de reacciones lentas, boyunas; el paso marcial sucederá al paso de carreta; y el nuevo ritmo al andar no tardará en repercutir en el ritmo del pensar; ó sea, en la velocidad de la percepción. El mocetón de ojos apagados y encorvado tronco, pronto llevará erguida la cabeza, escrutadora la mirada, levantado el torax, ágiles las piernas. El tímido que diera en voz baja su nombre balbuciente y desconcertado, ahora responderá con voz robusta y entonada sin preocupación:

habrá desaparecido su miedo y en breve, no sólo se habrán automatizado ciertos movimientos, antes necesitados de variado esfuerzo, sino que será fácil de apreciar cómo estos estímulos han hecho más rápidas todas las reacciones psicomotoras.

Penetrando ya en el ánimo del nuevo soldado el espíritu de la nueva vida, conociendo ya el *a b c* de las Ordenanzas, del Código y la disciplina, irá haciéndose cargo del significado de la bandera patria, por las explicaciones repetidas y sencillas que se le van dando. Es de notar cómo todo esto va despertando en él viva curiosidad. Ya ha asistido tres domingos á misa, cosa que, á pesar de estar bautizado y llevar dos escapularios al cuello, no hacía desde sabe Dios cuánto tiempo. Ha llegado el solemne acto de la jura de la bandera, iniciación en un excelso compromiso para la vida social futura.

Luego comenzará el adiestramiento especial de cada Arma. En Infantería, la movida táctica acabará de dar agilidad al aldeanote pesado y tardo; los ejercicios de fusil y tiro, desarrollarán los músculos del pecho y la acomodación visual; los simulacros de combate con el agruparse y disgregarse, y en el rápido estudiar el objetivo de cada evolución táctica, enseñarán á calcular con velocidad los efectos de movimientos combinados; la teoría del tiro, precedida de una explicación teórica del mecanismo del fusil, despertará curiosidades trascendentales para inteligencias no entrenadas á buscar ningún por qué.

En Caballería, curado el recluta del espanto de las primeras semanas, en las que se vió encabalgado sin estribos sobre brioso caballo (lo cual le habrá enseñado á ayudarse á sí mismo), irá sintiéndose orgulloso caballero. Después, los continuos y violentos ejercicios engendrarán la audacia; y si bien el tono muscular alcanzará supremacía en las piernas, no dejará de hallar e benéficamente influido todo el sistema. Por otra parte, habrá aprendido el soldado á cuidar científicamente el caballo, olvidando, el que las conociera, tradicionales rutinas.

En Artillería serán diferentes los resultados del adiestramiento según el servicio sea, de cuerpo montado, de montaña ó de plaza, si bien la idea de manejar un cañón habrá penetrado como algo misterioso en la imaginación de todo artillero. Terminada la instrucción de pieza, de un modo inconsciente ha llegado á percatarse todo individuo de la necesidad de supeditar su entusiasmo, su acción individual, á la conjunta de los demás sirvientes, para producir el necesario efecto compuesto de los actos varios de municionar, cargar, apuntar, disparar y descargar, en los que el solidario esfuerzo de varios individuos equivale al acto único ejecutado por el infante con su arma portátil y su pequeño proyectil.

En Ingenieros, Sanidad, Administración, los resultados consiguien-

tes á la instrucción, participan de los apuntados para las tres Armas generales: no desarrollan la impetuosidad, dan más autonomía al esfuerzo individual, no necesitado tan estrechamente como los otros de aunarse actividades convergentes.

En resumen; pudiera decirse que, como consecuencia del peculiar servicio y adiestramiento que exigen cada Arma y Cuerpo, destácanse ciertos rasgos típicos, ciertas cualidades morales que dan á cada una de aquéllas especial relieve: así en el infante dominará la individualidad; en el jinete la acometividad; en el artillero la solidaridad.

Un sentimiento general, una idea que pronto se hace calle en la mente de los soldados, es aquella que en el servicio militar, mejor dicho, en la táctica, simboliza el supremo esfuerzo; así, no pocas veces los he oído platicar sobre las indicaciones para *formar el cuadro*, para *cargar*, para *disparar con metralla*; y esto me ha parecido significativo de que en el soldado ha crecido bien la idea de lo que representa la unidad en el esfuerzo convergente puntual de varias actividades, el cual, si ahora es para la realización de un efecto ofensivo ó defensivo, pero al fin guerrero, en el evolucionar de los procesos cerebrales, quedará siempre como la medida escogitable para ciertos casos difíciles en la lucha por la vida; como la expresión psicomotora socializada del mayor aprovechamiento.

Luego vendrá la vida reglamentada á toque de corneta, la vida en tensión; la responsabilidad grande de ciertos servicios, como por ejemplo, el de centinela. Por cierto que el individuo que recibe en función de tal una consigna de cierta importancia, con autorización de imponer por sí mismo el correctivo á la infracción (el cual en unos instantes puede graduarse desde el aviso sencillo del «quién vive», al disparo de unos cuantos tiros), no se considera á sí mismo como el esclavo que imaginan en el soldado los sistemáticos detractores de la vida cuartelera. Comidilla es frecuente la de este servicio entre los soldados que se consuelan de otros rigores militares con el pensamiento de sus grandes atribuciones en casos tales, comprendiendo algunos que ello no representa sino uno de los tantos ajustados tornillos de la delicada máquina militar.

Pero además de las adquisiciones en las modalidades del carácter que he señalado, asimilan los individuos que vienen á filas, conocimientos intelectivos generales de la vida social y de los menesteres de la individual, muchos de ellos por las varias sugerencias que se dan en las corrientes del pensamiento socializado concentradas en las urbes populosas, asiento por lo común de las guarniciones militares. (Ahora podríamos decir, con respecto á los campesinos que hacen el servicio militar, que son unos... pensionados en el Extranjero.) Esto, aparte de que

ya en el mismo Ejército, además de la instrucción militar técnica de cada Arma y Cuerpo, en la que tantos elementos científicos se aprovechan, adiéstranse muchos individuos en trabajos que han de serles útiles para la lucha social; así del Ejército sale un tanto por ciento bastante elevado de escribientes, y ahora de mecanógrafos, panaderos, telegrafistas, automovilistas, practicantes, etc., y no pocos individuos volverán á sus casas, justo es reconocerlo, habiendo aprendido el difícil arte de cuidar chicos, para con ellos, á su vez, dar nuevos soldados á la patria.

Ved ahora al mozo que ha un año entraba en el cuartel cabizbajo y soñoliento, los ojos acarnerados, tostada ó sucia la color, enmarañado el largo pelo, suspicaz y arisco, como potro sin doma. Vedle ahora que el licenciamiento de la quinta anterior le ha dado fuero de veterano, ceñido el marcial uniforme, mas no tanto que le quite soltura y donaire, altivo el porte, despierta la atención, el humor gayo, las reacciones rápidas, como si un nuevo espíritu animara su organismo antes medio aletargado, como si en él hubiera aparecido algo insólito y vivificante.

A su modo explicaría este proceso la Psicología moderna, diciendo que ha tomado conciencia en forma de sentimiento del propio poder, la suma de internas sensaciones despertadas por la compleja acción de la nueva vida, ligadas en último término al instinto de conservación individual, cuyas son aquellas mozas gallardías. Esta conciencia del propio poder, culminante (en cuanto al conocimiento de sus medios) en años más entrados de la vida, es en esta edad, (cuando se manifiesta, como acción), más robusta y firme, coincidiendo con el florecimiento de la actividad muscular.

Nadie desconocerá la gran utilidad de que en toda agrupación social reluzcan estas manifestaciones con sus más altos exponentes, á condición de que no traspasen confines señalados por las varias adaptaciones individuales y sociales en tiempo y espacio: es decir, que no induzcan á la vanidad personal, al desprecio del prójimo, al matonismo, ni á la persistente agresividad colectiva innecesaria inmediata y sin fin útil. La exaltación de este sentimiento del poder personal eleva al individuo sobre el gregarismo étnico y levanta á la colectividad correspondiente por encima de sus análogas. Esta acción explícate por la multiplicación que induce en la capacidad humana para reobrar sobre impresiones no percibidas antes, colocando al individuo al abrigo de los choques brutales á que expone una sensibilidad no estrenada, aperebiéndole para la transformación en actos reposados después de las varias conmutaciones implicadas en la llamada deliberación mental.

Pero además, estos nuevos estados de conciencia que se dan en el soldado novel, constituyen el abono de la más alta energía mental, la



voluntaria ó de objetivación, ya que suponen adiestramientos para el juego de la más exacta coordinación y correlación en los actos adaptados á un fin cuyos componentes, orientación, emotividad, deseo, realízanse y complétanse en sus equivalencias necesarias; lo cual, cura al individuo de las decisiones absurdas, imperfectas ó tardías consecutivas á la posesión de un temperamento impresionable morbosa ó exageradamente.

Vista desde fuera la vida de la Milicia actual parece que limita los motivos de la voluntad; mas, observándola con la debida atención (y refiriéndonos, claro es, á nuestro recluta de educación psico-social escasa y que sólo ha de permanecer en filas algo más de dos años) obtiéndose la evidencia de que aquel género de vida lo que hace es combatir ciertas reacciones psíquicas de valor inaprovechable para el individuo, ya que no se combinan hacia algún fin concreto y que en la esfera moral y en la intelectual ponen obstáculos á la racional deliberación. Y todavía hace más, pues elimina, según varios mecanismos, las reacciones de disgusto ó de dolor que en otro ambiente inhibirían la objetivación, dejando ciertos actos individuales en latencia cerebral, no creando como en la vida militar, ríeles para la ejecución rápida.

Es también la vida del Ejército sensible reactivo de la debilidad mental, de la inadaptación moral congénita ó adquirida, y es peligroso considerarla según hasta ahora se venía creyendo erróneamente como un *Santa Rita* para niños traviesos é incorregibles, (ya que el código penal militar no es cosa tan acomodaticia como el reglamento particular de un colegio) y por otra parte, no son los tales candidatos á la corrección, en su mayoría, tan fáciles de enderezar como generalmente se supone y haría ver un exámen pericial detenido.

Los individuos tarados con vicios congénitos de su sistema nervioso empiezan ya á destacarse en las primeras semanas del servicio: vése á los imbéciles irascibles cometer actos contra el nuevo régimen que no pueden comprender; á los imbéciles tranquilos, intentando suicidarse ó siendo el hazme reír en patios y dormitorios; á los histéricos, inventando fábulas abigarradas é incomprensibles; á los amoralés, estafando, faltando á listas, promoviendo disturbios; á los epilépticos, huraños y agresivos por el menor pretexto; y, ya más adelantado el servicio, á los melancólicos, retraídos, callados, enemigos de salir del cuartel; á los dementes precoces, desaseados, desobedientes, huéspedes frecuentes del calabozo por deserciones repetidas.

Los sanos de entendimiento y cuerpo, aunque hayan formado en el pelotón de torpes, progresan paralelamente, en sus condiciones de carácter, al adiestramiento técnico: y va echándose de ver cómo va desapareciendo en ellos el atolondramiento y la cazurrería de los primeros

meses, ejercitado el pensamiento y la voluntad en la acción saludable. Ya el individuo se ha acostumbrado á suprimir por innecesaria la queja, el lamento; el sentimiento y la acción marchan al unísono y hasta los temperamentos débiles, obran con tal entereza como si fueran enérgicos.

Estas son naturales consecuencias de un método de vida seguido con sujeción á las leyes biológicas, por virtud del cual, obtiéndose, además de las ventajas de cierto automatismo psíquico de incalculable beneficio para la vida del individuo, un significado, una fe, un entusiasmo en la vida. La militar de que me ocupo, no acrece las energías psíquicas al modo unilateral, al uso entre nosotros, y aunque con exponentes no muy considerables, ensancha á un mismo tiempo los componentes perceptivo, imaginativo, discursivo; por tanto, su acción mental es mixta y queda completada y perfeccionada en la acción; la cual aunque llegase á predominar, tendría por resultado templar el carácter, hacer al hombre más humano, menos vanidoso, más altruista, más dispuesto, en fin, para la lucha social.

Quien conozca los defectos de los diversos métodos educativos, no extrañará cuanto expuesto queda. El saludable ejercicio de la gimnástica, aun practicada sin propósito, como es la que se da en nuestras prácticas militares, ha sido siempre, con más ó menos aditamentos, el eje de toda cultura sana, de todo progreso social, de la elevación de los pueblos, en fin, como el griego y el romano, como lo es actualmente del prestigio de ciertas universidades inglesas y norteamericanas.

No necesito probar cómo actúa el saludable ejercicio muscular graduado sobre la vitalidad de los centros inervadores. El sabio Mosso ha comprobado experimentalmente lo que ya la experiencia secular había consagrado como una verdad, á saber: que las funciones íntimas de nuestra vida orgánica y, por tanto, la voluntad en ellas cimentada, obran á compás de un saludable influjo de la motilidad automática mediante el equilibrado juego de los vasos sanguíneos, las glándulas de secreción interna y externa, los músculos lisos; pero hoy sabemos, además, que en todo movimiento ligado á un acto consciente, una parte de la energía de este movimiento manifiéstase como energía voluntaria, y otra inviértese en proceso de conocimiento, que se fija como experiencia para la vida.

Indirectamente, mas no por esto con menos eficacia, actúa sobre la voluntad el agente social llamado *disciplina militar*; él despierta también en el mozo de nuestros campos y en el obrero de nuestras urbes el sentimiento del propio poder, el cual hácele aparecer enseñoreado

de sí mismo, regulando y orientando su carácter. Y no es que la disciplina militar alcance á tanto como á cambiar radicalmente la naturaleza humana en individuos ya de veinte años (como suponen sus sistemáticos detractores), y que ponga al soldado, y en general al militar, fuera de la circulación social, convertido en una especie de paria y de autómatá, insensible á los sentimientos de propia estimación, de ternura y de justicia; téngase en cuenta que los Ejércitos de hoy son, ó la Nación en armas ó una expresión más ó menos genuina de ella.

La moderna disciplina, si bien dependiendo estrechamente de la ley y de las costumbres militares (autoritarias por necesidad, aunque no arbitrarias), dentro de la estrecha relación que exige la unidad del mando, va ajustándose en cierto modo, en cuanto á lo adjetivo de la vida militar, á las leyes y costumbres civiles; su arraigo practícase más que por severas conminaciones del código, por sugestión de altos sentimientos, y no se sustrae á las prescripciones del carácter nacional, de las ideas dominantes en el Estado.

Mas lo que comunica á la disciplina su sello distintivo es la *perfecta y clara equivalencia que establece entre derechos y deberes*.

Es la disciplina, según el sabio general Almirante, como la palanca que en teoría matemática no se comprende sin las ideas implícitas de punto de apoyo y de otras dos solidarias que se llaman potencia y resistencia. Aunque el erudito escritor termine aquí su metáfora, yo me permito explicarla asignando *el deber* al punto de apoyo; á la potencia, *la energía voluntaria orientada por la educación militar*, y á la resistencia *el conjunto de estímulos sociales é individuales que tienden á mermar la intensidad de una acción deliberada*.

Alrededor de ese punto de apoyo que se llama el deber moral, representado con valores diferentes según las épocas históricas, han girado los grandes heroísmos de todas las civilizaciones que han ejercido hegemonía sobre los demás pueblos; pero adjetívase ó valórese como se quiera, siempre se descubrirá en el mecanismo del deber una peculiar sanción de vitalidad, un hecho psíquico completado en toda su posible saturación de energía, por virtud de un hondo deseo de sobrepasar á las demandas puramente orgánicas, una voluntad creadora, en fin, perfeccionada, en el sentido filosófico, que vence las tendencias del yo empírico.

Wordsworth define admirablemente el deber con ese sentido pan-teístico que rebosa en los grandes poetas y así le llama *eco sublime de la voz de Dios*. Nelson no invocaba para salvar su patria sino el cumplimiento del deber; y Togo, pensando que en unas horas podría haberse decidido la suerte de su nación, no llama en su auxilio, como en antiguos tiempos, al Dios de las batallas, sino que espera la victoria de

que cada cual "sobrepase" sus deberes. Y no es que yo vincule, señores, el triunfo del austero deber moral, en el cumplido sólo por estímulos de la disciplina en los campos de batalla, en el choque pasional que la guerra enciende; pues tan admirable me parecen esotros callados sacrificios, ni tan aparatosos ni tan glorificados, cuando como en el caso del insigne Cajal, por ejemplo, sólo se vislumbra el inestable punto de apoyo de una obligación moral sin sanción, sobre el cual han de vencerse no sólo las resistencias que se oponen al cumplimiento de la disciplina militar, sino otras muy complejas y pesadas é íntimas.

Mas también el hombre que entra en filas "honrado hasta entonces", dice Almirante, contrae el especialísimo compromiso de mantenerse dentro de lo que se llama el honor militar, punto de apoyo también indefinido y vago, cuya base está en el renunciamiento personal, en el sacrificio de la individualidad en pro de un sutil sentimiento de compañerismo que se cifra en puros símbolos, el honor de la bandera, el nombre del Regimiento, la gloria de las Armas, el prestigio del Ejército. A la invocación de éstos desaparece el individuo y la persona ante la colectividad; esfúmanse el interés privado y el amor de la propia vida, llegando el individuo hasta arrancársela por propia mano, con tal de dejar immaculado su compromiso, prestigiosa la entidad intangible, luminosa y sugestiva que constituye como el atributo sobresaliente de una suprema personalidad social, encarnada en el holocausto de tantos perseverantes entusiasmos.

Hondamente llega á arraigar la idea del deber, el sentimiento del sacrificio, el noble orgullo, el estoicismo activo, todo ello por el cumplimiento de un compromiso que, en último término, no se hace sino con la propia conciencia individual y por algo que llega á colocarse por fuera y encima de todo interés egoísta, por algo, tan inconcreto, que alcanza, según decía Fichte, el carácter de sentimiento inmediato de la conciencia.

Este sentimiento de abnegación, el generoso altruismo que engendra el constante desprecio de la propia vida, crea un grupo de hombres que se ligan bajo un ideal que á todos comprende en común espíritu y los ata con el más estrecho lazo de solidaridad.

Este sentimiento llega á tener alta potencialidad sugestiva, transmitiéndose á veces de unos en otros individuos como un reguero de pólvora. Oid un ejemplo: Algunos artilleros de la batería del capitán Legorburu (D. Justo), mi querido amigo, emplazada en la posición llamada Hipódromo, en el campo exterior de Melilla, como vieran llegar una tarde de Agosto de 1909 un pequeño convoy de heridos procedente de la segunda Caseta, encamináronse hacia el tren que los conducía, distante un centenar de metros de la trinchera donde estaba emplazada la

batería; lo cual, advertido por el capitán, fué motivo para que tocara llamada, y como castigo tuviera á todo el personal haciendo ejercicio simulado de fuego durante largo rato. Luego reunió á sus hombres sin formación y dirigióles una alocución familiar con sencilla é ingenua elocuencia, diciéndoles aproximadamente lo que sigue: "Nadie os ha dado permiso para alejaros tanto; si el jefe del campamento me hubiese ordenado, como acostumbra, á disparar contra el barranco (el del Lobo), no hubiese tenido gente para servir las piezas, y como yo soy el responsable de lo que pasa en la batería, ¿cómo decir al jefe la causa de no poder tirar? Hubiese tenido que hacer lo mismo que un capitán de Artillería inglés en la guerra contra los boers, que, hallándose en caso parecido, no tuvo más remedio que pegarse un tiro. Y vosotros, ¿seríais capaces de poner otra vez á vuestro capitán en trance semejante?"

- ¡¡No, señor!! - contestó un coro de voces estentóreas.

- Pero, además, hay otra cosa: ¿Sabe usted - dijo - dirigiéndose al cabo, en qué pena han incurrido abandonando su puesto frente al enemigo?... En pena de muerte. Luego... todos habéis merecido la pena de muerte, ¿no es eso?

- ¡¡Sí, señor!! - respondieron todos los nobles artilleros.

Mas no son estas virtudes heroicas que el Ejército hace germinar particularmente durante la vida de guerra, las que yo quiero poner de relieve en estos momentos, ya que en el ligero análisis que me ocupa sólo he querido ceñirme á la fase de paz, y al influjo que durante este tiempo ejerce la vida militar.

No es menor que los beneficios hasta ahora señalados, el de la intimidad y conocimiento recíproco que por el general y constante trato produce la diaria comunicación entre hombres de los más opuestos y apartados confines de la Península, mediante lo cual no hay duda de que van desvaneciéndose ciertos prejuicios y animadversiones tradicionales, pues como es sabido, los elementos morales socializados son sumamente difusibles, y el progreso social no se efectúa de otro modo; pero, sobre todo, la simpatía no se establece sino por el robustecimiento de ciertos vínculos comunes y la vigorización de los sentimientos individuales.

Con arreglo, pues, á estas conclusiones que arrojan los hechos de la observación y concuerdan con principios ya clásicos de la Sociología, *debemos considerar al Ejército en España, en la actualidad, como el principal agente fortalecedor del sentimiento nacional*, sentimiento que, aun con tristeza, debe confesarse no existe en todos los momentos y en todas partes con aquella intensidad y aquella altura que son deseables.

A los no acostumbrados á ponerse en contacto con la realidad,

acaso parezcan fantásticas ó exageradas las siguientes palabras, que acoto del ilustre maestro Sales y Ferré. "Nuestro particularismo social - dice - es mucho mayor que el geográfico. Aquí se siente el individuo, la familia, no se siente la colectividad; la nacional y la provincial, en absoluto; la municipal, muy poco. Sacrificar lo común á lo particular, la patria á la familia ó al individuo, es hoy tendencia general á todo español rico ó pobre, ignorante ó instruido, gobernante ó gobernado. La existencia de un vínculo social psíquico, de un afecto que una á todos los españoles, solamente puede afirmarse de algunas personas entre las cultas."

Cruda y algo exagerada es la aserción á mi ver; pero decir lo contrario, sería pensar por espejismo.

Yo puedo deciros que los reclutas al llegar á filas, no comprenden ni aun *grosso modo* lo que sea la patria: saben, á lo sumo, que son extremeños, aragoneses, valencianos, gallegos, asturianos, montañeses, castellanos, vascongados ó catalanes.

Bien me hago cargo de que la idea de patria, forjada por educación, no alcanza relativa intensidad sino por el mecanismo del contraste; bien saben todos cuantos han vivido fuera de España (ejemplo, los oraneses) cómo insensiblemente brota entonces y se fortifica la idea de patria. Pero estos dos mecanismos, la educación y el contraste, no pueden darse en nuestros campesinos, y aparecen de modo irregular en las ciudades.

Así ocurre entre nosotros el fenómeno paradójico de que lejos de hallarse condicionada la existencia del Ejército nacional por un alma nacional, á cuya sombra tantas instituciones que se dicen nacionales florecen, ha venido siendo el Ejército (tal vez porque no hayamos pasado de la fase guerrera, según opina un ilustre amigo mío), el que, lentamente, insensiblemente, ya por la infiltración social de que vengo tratando, ya no pocas veces con el abono de mudas abnegaciones (no siempre comprendidas) de callados sacrificios (cuyos epitafios parecen grabarse en movediza arena), el que viene cimentando la unidad de la patria española, el que va cristalizándola en nación, pues que no tiene más interés transcendente que la consubstancialidad de una patria á la que se orienta sin desmayos, sin experimentar nunca esas despersonalizaciones, que en momentos de tremendas crisis, de angustias y desesperanzas, hayan tal vez sobrecogido á otras instituciones sociales de la nación.

Pues habéis de saber, y perdonad que repita este concepto, que cuando el recluta viene á filas no trae del hogar, ni de la escuela, ni del taller, ese sentimiento que aun los más conspicuos humanitaristas no pueden ocultar cuando llegan ciertos casos, (dígalos cierto sabio espa-

ñol *internacionalizado*, que suele defender con desusado calor á Luis Vives, sobre otros filósofos *extranjeros*), y que hoy por hoy es, entre nosotros, el cuartel, como sobriamente decía el malogrado Ibáñez Marín, la única escuela de la patria. Yo deseo de todo corazón que otras instituciones vengan pronto á disputarle tan alto honor.

No es mi propósito traspasar los límites que me imponen los hechos de cuyo examen deduzco las conclusiones de este estudio; mas ya es sabido que no hay asunto que no exija para su aclaración por la necesaria concatenación de las ideas, ciertas naturales transgresiones.

No intento deducir de cuanto expuesto queda, sino las *ventajas de los principios reguladores del método educativo militar*, y hállase lejos de mi ánimo la proclamación de preeminencias ciudadanas por calidad profesional; ni creo tampoco que este método, tal como hoy se practica, sea irreprochable en cuanto á sus procedimientos de ejecución; pero sí afirmo que *sus resultados generales nos autorizan á considerarlo como necesario para forjar caracteres individuales*; que con tales ó cuales modificaciones son sus rieles (los de *una disciplina y un ideal*) los que han de servir para encauzar á la juventud nacional si ha de aspirar á constituir un pueblo sano y vigoroso, capaz de defenderse contra la codicia que acechando nuestro desfallecimiento no habrá de contentarse con haber conquistado sólo nuestra inteligencia.

Porque, señores, nadie puede negar que será más fuerte aquel núcleo social que en todo momento se halle dispuesto, no precisamente á acometer á otros núcleos semejantes, sino á apercibirse para el sacrificio del bienestar y de la vida, cuando los acontecimientos lo exijan; que serán más fuertes aquellos hombres que en todo instante sepan desafiar cara á cara á la muerte; porque hayan aprendido á poner algo de heroico en los actos de la vida y á considerar que su conservación no es el sumo bien ni la suprema felicidad á costa del vilipendio, y que las condiciones óptimas de resistencia, daránse en aquellos ciudadanos más endurecidos contra la motividad exagerada, la pereza y la imprevisión.

Pensemos con Goethe *que el que se conmueve en tiempos en que todo se quebranta, extiende el desastre, pero aquél cuya alma es inalterable, crea un mundo para sí.*

(Den der Mensch, der zur schwankenden Zeit auch schwankend gesinnt ist,  
Der vermehrt dar Ubel, und breitet es weiter und weiter;  
Aber wet feit auf dem sinne behant, der bildet die Welt sich.

Canto IX. — (Hermann und Dorothee.)

Si, pues, *la vida militar dá á nuestros mozos un caudal de ideas y una conciencia que no poseían; si prende en ellos gérmenes de sentimientos, como los del deber y el derecho, y nociones, como la del delito y la pena; si les enciende en el amor de sí mismos y les hace ciudadanos; si arma, en suma, sus inteligencias para la lucha de la vida y enfrena sus impulsos, ordenadores del corazón, y si, por otra parte, como multiplicada consecuencia de estas acciones varias, espolea la atención colectiva y adiestra la voluntad social, poniendo en manos del medroso ó del ignorante una brújula para la conducta, y en frente del sano y vigoroso, dignos ejemplos que imitar, nadie podrá negar que la Institución Ejército tiene en España un alto valor educativo, individual y social.*

No se me oculta que este relieve de la personalidad individual cincelado en los cuarteles; que las cualidades exaltadas ó creadas en el individuo, al retornar éste á su hogar, terminado el servicio, con el canuto que en otra época fuera valioso diploma, al mezclarse y confundirse de nuevo en el medio social mezquino y adormecedor de donde saliera, suelen perder bastante en intensidad, natural resultado de haber llegado tardíamente la nueva educación, y de ser escaso el tiempo, para hacer definitivos y estables los nuevos hábitos.

Pero el Ejército, señores, además de someter anualmente á su peculiar educación unos 80.000 mozos, crea en sus cuarteles un producto social duradero y no de escasa importancia en la vida nacional, y en el que no han parado mientes como debieran los pedagogos y críticos de la vida españoles: refiérome al sargento.

Esta clase intermedia entre el oficial y el soldado, encargada de la parte más recia de la instrucción (y ya sabéis cuánto se aprende enseñando), no alcanza, claro es, ni con mucho, el nivel de cultura general que dan las Universidades, ni las Normales Superiores, pero el adiestramiento intelectual que supone no es inferior al de los bachilleres, y ciertamente es superior la fijación y utilidad de los conocimientos que implica. Además, los sargentos son educados en el sentimiento y en la acción, y no al modo rígido y automático que pinta la literatura humorística, sino obteniendo por fruto un hondo respeto á sí mismo y á sus semejantes, por virtud de lo cual llégase á poseer una equilibrada compenetración entre las nociones del deber y del derecho, una firme voluntad, una impetuosidad calculada y previsora. Buena prueba de cuanto digo nos la da la vida civil, que en el título de sargento ve un diploma de honradez, de entendimiento, de patriotismo.

### III

Hay, señores, una planta americana, el *curare*, con cuyo extracto envenenaban sus flechas de guerra algunos indígenas del Nuevo Continente. No cabe imaginar daño más cruel para el enemigo herido, pues dejándole despierta la percepción de su dolor, le paraliza los músculos voluntarios, los miembros que podrían llevarle el alivio de algún modo. Así he imaginado yo muchas veces nuestro estado nacional; hay algo que ha intoxicado nuestros centros motores y que nos hace pregonar nuestro daño sin que nos deje acudir á él. ¿Qué tóxico sea? Mi ciencia no alcanza el diagnóstico; pero, además, no me incumbe discutirlo. Mas, lo cierto es, que nuestro país hállese atacado de ataxia, no parálisis; que existe incoordinación por falta de disciplina física y social, por carencia de un influjo único que fortalezca la actividad social y enlace la individual.

Como ya muchas veces se ha dicho, está descuidada la ordenada fisiología muscular de la raza, y ello ha de repercutir sobre su sistema nervioso; que no ya el ascetismo, sino la indiferencia, atrofia nuestros hombres; y que sólo se encarrila nuestra juventud (la que se encarrila), disputándose el título de intelectual hacia el estudio de abstracciones y metafísicas y estéticas, que llevan consigo el veneno del análisis sin el contraveneno de la actividad saneadora de los músculos, del ejercicio de los deportes, del amor á la saludable práctica del trabajo manual en todas las clases sociales y de la vida de privaciones.

Una ola de terror ha llegado estos días á nuestras clases acomodadas, solamente pensando en que, por virtud de una nueva ley, la vida cuartelera pudiera poner en manos de los hijos la escoba ó el cubo de limpieza de un cuartel. A este propósito, no puedo menos de copiar el siguiente pasaje de una obra de nuestro ilustre enemigo el ex Presidente Roosevelt:

„Nuestra milicia naval — dice — componíase, durante la guerra con España, de toda clase de hombres. Hacia el final de la guerra, un barco echaba anclas en el puerto de Nueva York. Un individuo de la marinería baldeaba el puente de nuestro acorazado, cuando el barco que acababa de anclar, un hermoso *yach*, comenzaba á destacarse entre las brumas del amanecer. Nuestro capitán llegaba á la sazón al puente, intentando descifrar con el auxilio de sus gemelos el nombre del buque, en tanto que se preguntaba á sí mismo á media voz: ¿qué barco será ese?... El *Alba*, señor, — repuso el marinero que baldeaba. — ¿Y cómo lo sabe usted? Porque es *mío*, señor, — repuso el marinero.“

¿Y para qué citar ejemplos del Japón, ni aun de la misma Italia, que

casi todos conoceréis, en los que se ve cómo los pueblos que suben en la escala de la civilización y han de culminar en ella, son aquéllos cuyos hombres están dispuestos en todo momento, por cualquier causa, á anteponer el prestigio y el renombre de su patria á las exigencias individuales grandes ó pequeñas?

Nuestra Escuela primaria, nuestros Institutos, las Escuelas Normales, las Universidades, nuestro sistema pedagógico, en fin, debe estar presidido por un sentimiento: el de sobrepujar todo cuanto se haga en el extranjero.

Luchando por este ideal, procurando sobreponerse cada uno en el cumplimiento de sus deberes, en *virtudes* y en *valor*, sacrificando cuando sea preciso el interés individual al renombre de la patria, en las cosas más insignificantes, al parecer, lograremos las cosas más grandes.

Porque, señores, este pueblo *nuestro* no es inapto para la ciencia cuando trabaja con métodos lógicos; díganlo los luchadores que, sorpresivamente, invisiblemente van apareciendo en algunos campos científicos; no es inapto para el comercio ni para la industria, pues yo lo he visto en lucha abierta con el comercio norteamericano, alemán é inglés, aunque en pequeña escala, vencer en Filipinas, como va venciendo en la Argentina; no es inapto para el trabajo más rudo ni las resistencias más estupendas, como lo atestigua su vitalidad en Orán y la épica campaña de Marruecos; no es inapto para mantener la raza en siglos venideros, como lo atestigua (según decía con noble orgullo D. Javier Santero, desde esta tribuna, ha pocas noches) la rica y vigorosa fecundidad de nuestras mujeres; y no está degenerado este pueblo, como alguien ha dicho, pues esos jóvenes, esos mozos de los cuales os he hablado y que son las arterias de nuestra nación, son arterias blandas y elásticas y el corazón late normal, majestuoso; este país *tiene pulso* y no necesita ni digital, ni mucho menos extrofantus, caféina, alcanfor ó éter: requiere sangre, sangre rica que circule por sus venas, y la energía cerebral reguladora representada en gobiernos sabios que metodicen y encaucen su latente vitalidad.

